

PANORAMA SOCIAL Y POLITICO DE CHILE EN EL SIGLO XX (*)

UN EXAMEN NECESARIO

«Todos pensamos históricamente..., buscamos espontáneamente los precedentes y nos esforzamos por situar el momento presente en un devenir.» La afirmación de Raymond Aron en *Dimensions de la conscience historique* (1) nos explica, en parte, el interés que adquiere para nosotros el presente. En cierto modo, una manera de tomar partido en la Historia actual es historiarla. Nuestras limitaciones, prejuicios y la insuficiente perspectiva conspiran contra una visión más depurada de la Historia de hoy; pero no obstante estos factores adversos, revisar lo que ha sucedido en nuestro tiempo es una manera de situarnos en él y de comprender lo que nos influye y determina. Revisar y valorar el presente es labor indispensable para intentar averiguar hacia adónde vamos.

«Nuestra época es como una bisagra en los albores del tercer milenio... —ha escrito Louis Pauwels, el director de *Planète*, de París—. Esta es una época de transición, a la vez exaltante y penosa de vivir. Entramos ya en el mundo del tercer milenio, en el que los métodos de existencia y las formas de pensamiento serán muy diferentes a los que acabamos de conocer... No creo que estemos en plena noche, sino en el crepúsculo matutino... La Humanidad no tiene conciencia completa de los cambios que se preparan... El siglo XX es el reflejo de la báscula de un milenio en otro» (2).

(*) La tesis general de este ensayo fué presentada en forma de conferencia en el Colegio Mayor Hispanoamericano Nuestra Señora de Guadalupe de Madrid, el 16 de mayo de 1966, como parte de la Semana Chilena organizada por la Asociación de Estudiantes Chilenos en Madrid y bajo los auspicios de la Embajada de Chile en Madrid y el Instituto de Cultura Hispánica. Sobre la base de esa tesis el presente ensayo ofrece una labor de ampliación y notas que complementan el tema, enriquecido en el trabajo de estos últimos meses.

(1) RAYMOND ARON: *Dimensions de la conscience historique*. Librerie Plon, Paris, 1961.

(2) «18 respuestas de Louis Pauwels», entrevista de SONIA DELGADO en revista *Zona Franca*, Caracas, número 27, noviembre de 1965, pág. 11.

¿Qué ha sucedido en la sociedad y en la política chilenas en este siglo? ¿Qué está aconteciendo en el escenario político chileno hoy? ¿Tiene un sentido toda esta historia?

La historia política y social de Chile en el siglo XX es interesante por la variedad e intensidad de los hechos producidos. Expuestos algunos de estos sucesos con la síntesis de los cintillos periodísticos o de los resúmenes destinados a atraer la atención pudiera destacar que el impulso de la marea que arrojó sobre el mundo la agitación política, social, económica, ideológica, moral, psicológica que desató el temporal de la primera gran guerra mundial fué en Chile intenso, doloroso y fecundo. La sociedad chilena se vió sacudida por acontecimientos que marcaron el final de la prolongación espiritual del siglo XIX en los casi veinte primeros años del siglo XX. La Federación de Estudiantes de Chile, al luchar por la reforma universitaria, combatió por una sociedad más justa. Concitó contra la vanguardia de la juventud chilena de entonces todo el poder, la brutalidad y la intriga de la reacción que, como sucede en estos casos, asumió por sí y ante sí el papel de «salvadora del patriotismo» y acusó a los estudiantes de estar vendidos «al oro de Lima» cuando aún no era moda la acusación de estar vendidos «al oro de Moscú», «al oro de Washington» o «al oro de Pekín». La reacción, a la hora de buscar pretextos y esgrimir acusaciones, acude casi siempre a los más baratos. Al no poder explicarse ciertos fenómenos —o al carecer de voluntad para explicárselos—, recurre a un modo simplista, que no deja de ser demagógico. Fue lo que aconteció con la feroz embestida de la plutocracia chilena y sus agentes contra lo mejor de la juventud chilena «de los años veinte».

Los plutócratas creyeron haber triunfado luego de destrozar materialmente la sede de la Federación de Estudiantes de Chile, pero la palabra es más poderosa que la cólera de los intransigentes y puede más que el fuego. Los jóvenes de entonces habían fundado una revista —*Claridad*—. La revista contribuyó a renovar la sensibilidad social y estética de las letras chilenas de aquellos años. Su resonancia aún perdura. La opresión creyó apagar la voz de uno de aquellos jóvenes inconformes al reducirlo a prisión y empujarlo a la muerte; pero, al cabo de casi medio siglo, la palabra de Domingo Gómez Rojas vive tanto como ayer. Sus versos no los podrá acallar ninguna prisión, ni su mensaje humano podrá ser segado por ninguna cuchilla mortal. La palabra se venga siempre de los que pretendían silenciarla. No hay quien pueda poner puertas herméticas al canto, porque la palabra, siendo tanto como el hombre, es más que el hombre, y en última instancia, lo sobrevive. Esta fué la lección de la vanguardia estudiantil chi-

lena de la primera preguerra mundial en este siglo. Su coraje y su inteligencia pueden inspirar el espíritu de revisión y la visión de los sucesos chilenos en este siglo.

VARIEDAD Y SINGULARIDAD

Más de un decenio antes del primer Gobierno de Franklyn D. Roosevelt un Presidente chileno expuso y aplicó un programa de reformas que se anticipaba, en cierto modo, al «New Deal» rooseveltiano, especialmente en cuanto a las relaciones entre el capital y el trabajo.

Con los movimientos del 5 de septiembre de 1924 y del 23 de enero de 1925, la oficialidad joven de un Ejército constitucional de América del Sur tuvo activa y poderosa injerencia en la política nacional, imprimiéndole un sello particular y neutralizando o arrinconando a los políticos servidores de la oligarquía. Uno de los principales líderes militares de entonces encabezó un sistema de fuerza, y más tarde, frente a los candidatos de los partidos de la izquierda, la derecha y el centro, triunfó como una esperanza nacional. Otro de los dirigentes encabezó el 4 de junio de 1932 la primera República socialista de América latina. Esto sucedía cuando aún no se hablaba del «militarismo» en América latina, ni —como se ha hecho en estos últimos años— del «nasserismo» dentro de las Fuerzas Armadas. Nasser no soñaba entonces con poder llegar un día al Poder en Egipto, y el hoy comandante Fidel Castro era aquel año del ensayo de la República socialista en Chile un niño de sólo seis años, hijo de un rico terrateniente y poderoso colono de Birán, en el Oriente de Cuba.

Cuando en América latina no se hablaba —como hoy— de la reforma agraria y sólo en México el problema de la posesión de la tierra era un asunto de estremecimiento nacional, en la zona de Ranquil, cerca de Bío-Bío, en el Sur de Chile, los campesinos llamados «hijueleros», en alianza con otros campesinos medios y pobres y con agrupaciones araucanas, tomaron las armas para defender la tierra. Fué en el invierno de 1934. La represión fué sangrienta. Era la primera vez que una zona del campo chileno se alzaba para la revolución campesina. Los grandes conflictos sociales habían tenido hasta entonces como escenarios las pampas salitreras del Norte chileno, el puerto de Valparaíso, la capital —Santiago de Chile—, las minas de carbón y del cobre, Natales y Punta Arenas, pero no el campesinado.

Seis años más tarde de la caída de la República socialista chilena del 4 de junio de 1932, la primera y única experiencia de un Frente Popular en América latina llegó al Poder en Chile en un frente que reunía a radicales,

socialistas, comunistas, demócratas y Confederación de Trabajadores de Chile (CTCH).

Hace ocho años ensayó Chile el gobierno de un gerente de empresas particulares, que aparentemente, sin un compromiso con los partidos políticos, intentó un régimen constitucional, que debió ser el de los técnicos.

El 4 de septiembre de 1964, y por primera vez en América latina, triunfó un candidato de la Democracia Cristiana en unas elecciones presidenciales. Desde el 3 de noviembre de 1964 el Gobierno de la Democracia Cristiana y del Presidente Frei realizan un ensayo de profunda significación para Iberoamérica: Chile ha puesto en marcha la llamada «revolución en libertad». Es un desafío a largo alcance y de vastas proyecciones. Su espíritu es anticligárquico, antiimperialista, popular e inspirado en una democracia social, fiel a la revolución cristiana y con métodos nacidos en el medio ambiente y de las necesidades sociales, económicas, culturales, políticas, psicológicas y morales de Chile.

Creo que estos hechos, expuestos aquí con un aparente deshilván, merecen atención y estudio y que son capaces de promover el interés más allá de las fronteras chilenas, porque constituyen una experiencia de perfiles y resonancia históricos.

Me propongo buscar el hilo que une estos hechos aparentemente desconectados entre sí. Esta será la posible respuesta al sentido que puede tener la historia social y política de Chile en el siglo XX.

ALGUNOS ANTECEDENTES

¿Por qué y contra qué se producen acontecimientos que marcarán el siglo XX chileno?

Un ensayista —fino y avizor— de la realidad social y política chilena (3) ha llamado «fronda aristocrática» a la que —sin contrapeso y, prácticamente, sin competencia— domina el escenario político chileno durante poco más de un siglo y cuya influencia se mantiene en el primer cuarto del siglo XX.

Esta fronda aristocrática chilena, a diferencia de algunas de Europa, no creció de la fuerza —sofrenada— de un feudalismo mal vencido por el Poder monárquico. Mercaderes y hombres de trabajo nuevo habían desplazado o absorbido en Chile a los descendientes de los conquistadores y encomenderos. «Llegó así a dominar económica y socialmente en el país una aristocracia mixta, burguesa por su formación, debida al triunfo del dinero, por su

(3) ALBERTO EDWARDS: *La Fronda Aristocrática en Chile*. Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1928, 308 págs.

espíritu de mercantilismo y empresa, pero por cuyas venas corría también la sangre de algunas de las viejas familias feudales» (4). Don Alberto Edwards ha hecho notar que estos grandes señores burgueses eran dueños de la tierra y que nada desarrolla mejor el espíritu feudal que la gran propiedad agrícola, sobre todo en países como Chile, en que, no obstante la abolición legal de las encomiendas, bajo Carlos III, el régimen del vasallaje rural permaneció vigente antes y después de 1810.

Esta «fronda aristocrática chilena» nació de esta mezcla de elementos burgueses y feudales. El señor Edwards ve en esta circunstancia la explicación de sus cualidades y defectos: el amor al trabajo, la economía, el sentido práctico, la falta de imaginación, la estrechez de criterio con rasgos esencialmente burgueses, el ansia de poder y dominación, el orgullo independiente, la soberbia que caracteriza al amo del siervo y al señor de la tierra.

Acudo nuevamente a don Alberto Edwards para explicar la composición y características de la oligarquía chilena, que sólo hace crisis, en el Poder político, ya entrado el siglo XX, y que continúa —hasta hoy— resistiendo los cambios estructurales que Chile necesita para supervivir y avanzar. Sin emprender valerosamente los cambios de estructuras, Chile no podrá afrontar ni resolver los problemas de toda clase y en todos los niveles que plantean estos años y el inmediato futuro. Este es el desafío que se ha propuesto resolver victoriosamente con sus medios y sus métodos —y con el apoyo de una mayoría del pueblo chileno— la Democracia Cristiana.

Analizando la «fronda aristocrática», escribe don Alberto Edwards:

«El inmigrante del Norte (de España) subió (en Chile) a las alturas a fuerza de sus aptitudes superiores; el del Sur se hizo pueblo o clase media. Hubo un tiempo no lejano en que era raro encontrar un apellido vasco en la plebe, como un inglés o un alemán. En este sentido, la aristocracia chilena fué también una selección racial (...). No debe olvidarse que las provincias Vascongadas eran en el siglo XVIII, a la vez, el pueblo más libre y el más aristocrático de España. Sus antiguas libertades habían resistido intactas al avance victorioso del centralismo monárquico; todos sus habitantes eran jurídicamente hidalgos, y hasta las pobres cabañas de las aldeas ostentaban allí blasones de nobleza. El liberalismo aristocrático del viejo Chile fué, pues, hasta cierto punto por lo menos, una venerable tradición histórica medieval, una herencia de raza... Ape-

(4) ALBERTO EDWARDS: *La Fronda Aristocrática en Chile*, cit., 1928, pág. 9.

llidos que hoy aparecen casi como un símbolo del peluconismo (lo conservador) intransigente y aristocracia feudal, pertenecieron en su tiempo a hombres modestísimos, a desconocidos y pobres provincianos, a humildes menestrales, que debieron sólo a la superioridad intelectual y moral su exaltación a los más altos puestos del Estado y el rango social que ocuparon. Por temor de herir la vanidad humana no cito nombres propios, porque los descendientes de esos preclaros hijos de sus obras, hoy, después de dos o tres generaciones de figuración histórica presumirían acaso venir de las estrellas o de los reyes godos» (5).

Durante casi un siglo, y a partir de la independencia de Chile, esta clase oligárquica —de estilo feudal, espíritu conservador y extracción burguesa— ordenó jurídica y tradicionalmente la política chilena, ya en acción directa, o ya mediante sus servidores. Esta clase creó una imagen de su actuación, basada en el «orden», en la «constitucionalidad», en la evolución gradual, pacífica y lógica de Chile, al que hizo aparecer con un carácter mucho más europeo que hispanoamericano. Esta versión o imagen «feliz» ha sido repetida aun por escritores como don Alberto Edwards, a los que se podía suponer —en este aspecto— exentos de caer en generalizaciones o en esquemas fáciles.

Mi impresión es que esta clase oligárquica chilena frenó durante un siglo la afluencia de un liberalismo burgués progresista, que este freno no fué pacífico y que toda esta represión o contención de las reformas tuvo, finalmente, que estallar en el proceso violento de golpes y contragolpes, huelgas y movimientos políticos y sociales que empezaron a cobrar particular energía alrededor de «los años veinte».

La historia de Chile durante el siglo XIX es la lucha entre los opuestos a las reformas y los reformadores. La casta de los terratenientes, tradicionalistas y reaccionarios no vaciló en recurrir a la violencia y a la guerra civil para imponer «su orden». Los liberales que habían triunfado en las elecciones de 1829 fueron derrotados por los conservadores en la sangrienta batalla de Lircay al año siguiente. Fué una guerra civil. Lircay impuso la mano de hierro de Portales para «ordenar» la República y propició la Constitución de 1833 —que los conservadores no se han cansado de alabar—, pero que no impidió que los chilenos, por principios de gobierno y otras razones, se desangraran de nuevo en otra guerra civil: la de 1891. La Constitución de 1833 se mantuvo casi un siglo; fué «el corsé de hierro» impuesto

(5) ALBERTO EDWARDS: *La Fronda Aristocrática en Chile*, cit., págs. 10, 11, 12 y 19.

por la oligarquía. A su sombra y con su espíritu fueron aplastadas las ideas que Bilbao y Arcos predicaban en Chile, como ecos de los movimientos revolucionarios europeos políticos y sociales de 1848. Diez años más tarde —en 1859— fué aplastada la revolución de Pedro León Gallo, que luchaba por reformas. Algún día se examinará, objetiva y minuciosamente, este mito de casi cien años de «la República pacífica». Se verá entonces, por ejemplo, que el Presidente Montt gobernó la mitad de su período con facultades extraordinarias y que sus adversarios fueron considerados, poco menos, que antichilenos. Se verá la lucha de los radicales —que hicieron su aparición en 1864, al derrotar a los montt-varistas—, y que iniciaron con cinco diputados la lucha por las reformas. Cada reforma costó tinta y costó sangre, pero fué la oligarquía, con su poder económico, la que pesó y condicionó el Poder político, la que continuó teniendo la palabra... y el Poder.

LA GUERRA CIVIL COMO ANTESALA

Al iniciarse cronológicamente el siglo XX, Chile penetra en él afectado por la más cruda y cruenta de sus guerras civiles. Sólo nueve años separan ese estreno del nuevo siglo del de aquella revolución que los chilenos conocemos como «la del 91».

El pretexto fué el llamado «presidencialismo» del Presidente Balmaceda y la rebeldía del Poder legislativo, que asumió el papel de constitucionalista. Balmaceda había sido una de las grandes figuras renovadoras, reformadoras, visionarias y progresistas —en todo sentido— del siglo XIX chileno. ¿Era un déspota? Recurro, una vez más, al testimonio de don Alberto Edwards:

«En el mensaje de 1890, el Presidente (Balmaceda) expuso con elocuencia y altura de miras sus nuevas doctrinas de gobierno: de formación jurídica, como la mayor parte de sus contemporáneos, los más profundos problemas sociales y políticos se traducían para él en reformas de táctica constitucional. No abogaba por la restauración práctica del viejo absolutismo, sino por un sistema de independencia y equilibrio entre los poderes del Estado; rendía, al mismo tiempo, tributo a las idealidades descentralizadoras y democráticas del liberalismo clásico. Esta doctrina, en modo alguno reaccionaria, le sirvió de bandera hasta su muerte» (6).

Políticamente fué el enfrentamiento de los liberales doctrinarios y radicales, de una parte, y de los nacionalistas y conservadores, por otra. La re-

(6) ALBERTO EDWARDS: *La Fronda Aristocrática en Chile*, cit., pág. 180.

sistencia del Poder legislativo obligó a Balmaceda a cambiar trece veces de Gabinete. Las obstrucciones del Poder legislativo y su empecinamiento en no aprobar los Presupuestos afectaba la planificación en un momento en el que el Presidente Balmaceda estaba empeñado en modernizar el país y sus estructuras. Balmaceda intentó conjurar la crisis política llamando al Palacio de la Moneda, primero, al señor Matte, y luego, al señor Agustín Edwards —que desde sus salones, desde el Parlamento y los Clubs elegantes— hacían, con otros, caer los Gabinetes de gobierno. Cuenta un cronista bien enterado que en un salón de baile se pusieron de acuerdo los señores Matte y Edwards para rechazar los requerimientos del Presidente Balmaceda a formar parte del Gobierno. Este «momento estelar» —para emplear una denominación ya clásica de Stefan Zweig— precipitó la guerra civil.

Aunque en otro escenario, en otras circunstancias y para otros temperamentos la guerra civil de 1891 tuvo para los chilenos la conmoción que la guerra de Secesión tuvo para los Estados Unidos de Norteamérica. La chilena no fué, como la norteamericana, una guerra de cuatro años, sino que todo el conflicto se resolvió en un solo año. No fué, como la de los Estados Unidos, el enfrentamiento del Norte industrial con el Sur agrario, ni estuvo en conflicto la abolición de la esclavitud —que ya había sido legalmente abolida en Chile—, ni fué pretexto el problema de la unidad nacional. En Chile hubo un conflicto político de poderes, la acción de la oligarquía conservadora para defender sus privilegios de casta y hubo también la presión de los intereses imperialistas de Gran Bretaña, que aspiraban al control económico de las riquezas del salitre del Norte chileno.

Mr. North deseaba el nitrato natural chileno. Los que pretendían el control salitrero chileno prestaban armas a los contendientes. En el re juego de intereses e influencias —y posiblemente temerosos ante la maniobra del imperialismo británico—, los Estados Unidos de Norteamérica —cuyas fuerzas del capital financiero también aspiraban al control de la explotación salitrera— intentaron apagar la hoguera de la guerra civil chilena, sin conseguirlo. Los agentes de los antibalmacedistas ya habían adquirido las armas más modernas de fabricación europea y se habían lanzado a la empresa de la llamada «defensa de la Constitución».

Dejo la palabra a don Ricardo Boizard, uno de los primeros y más firmes sostenedores de la Democracia Cristiana en Chile y su más fiel, ameno y agudo historiador:

«Nadie ignora ya que la revolución contra Balmaceda no fué otra cosa que un episodio del imperialismo inglés. Políticos que

enarbolaban toda clase de metáforas y que se presentaban con la toga del más pundonoroso republicanismismo dejaban su altivez en la antesala de los comerciantes extranjeros para conjugar los zarpazos al país con los grandes honorarios por sus servicios. Zegers, Mac Iver, Altamirano y muchos más eran los abogados de North, de la Borax Consolidated y de cuanta Compañía foránea pretendía explotar, al amparo del favor gubernativo, el salitre, la tracción eléctrica, el alumbrado y toda clase de comercios elevados a la categoría del monopolio» (7).

La Armada chilena, fiel a su formación y tradición inglesa, se inclinó a la defensa del Poder legislativo en lo que parecía una pugna con el Poder ejecutivo.

La clase oligárquica conservadora veía en el gobierno de Balmaceda un régimen difícil de manejar o de influir, y ofreció su ayuda económica y su poder social y político a la llamada «revolución». En la guerra civil la Escuadra jugó un papel de primer plano. La Escuadra se adueñó del Norte del país. Al hacerlo controló el salitre, que era la mayor fuente económica chilena. Quien controlara el poder económico podía controlar el Poder político. La clase media, por un sentido idealista, se dejó conquistar por los ardides psicológicos de la oligarquía conservadora y creyó mostrar odiosidad al exceso de poder de Balmaceda, enrolándose en el poder que representaban la Liga de la Armada, las fuerzas conservadoras y la Banca privada. El pueblo se quedó, en un principio, al margen, pero no fué impermeable a la propaganda de uno y otro bando. Se necesitaba carne de cañón, y ésta no fué la de los grandes financieros criollos ni la de los políticos de los salones elegantes. La oligarquía y el imperialismo impulsaron y armaron la guerra civil, pero la carne de cañón la aportaron la clase media y el pueblo. Los banqueros y los políticos oligárquicos sobrevivieron a la guerra civil, y en su casi unanimidad murieron de muerte natural, en sus lechos correspondientes para ocupar nichos pomposos. En las batallas se desangró el pueblo, y también cayeron algunos pocos aristócratas de romántico idealismo.

La contienda sirvió para lo que suelen servir estas contiendas: para ensayar armas nuevas y nuevas tácticas guerreras. En aguas del puerto chileno de Caldera fué probada la acción de las rápidas lanzatorpederas. Estas hundieron a uno de los dos blindados más poderosos con que contaba la Armada chilena. Las lanzatorpederas sirvieron en las dos grandes guerras mun-

(7) RICARDO BOIZARD B.: *La Democracia Cristiana en Chile (Un mundo que nace entre dos guerras)*. 3.^a edición. Editorial Orbe. Santiago de Chile, 1964, pág. 15

diales, donde cumplieron misiones de eficacia. No podremos saber si el oficial responsable de uno de los pequeños barcos lanzatorpedos en aguas del Pacífico —John F. Kennedy— conoció alguna vez que esa arma fué probada, en acción de guerra, poco más de medio siglo antes en la guerra civil chilena. También en el conflicto entre chilenos de 1891 el Presidente Balmaceda intentó probar —sin éxito— en la zona Norte lo que en la segunda guerra mundial —cincuenta años más tarde— sería la táctica llamada de «la tierra arrasada».

Desde que Caín mató a Abel las luchas entre hermanos han sido lamentables. Así fué esta guerra entre chilenos. Se fusiló en las ciudades dominadas por el Gobierno y se asesinó —como en Lo Cañas— a jóvenes que podían haber contribuído al mejoramiento de Chile. En el otro campo la venganza alcanzó una furia extrema. No fueron perdonados los vencidos. La pérdida de vidas fué tan grande como la violencia. En los dos encuentros que definieron la guerra civil quedaron en el campo de batalla la tercera parte de los combatientes. Los jefes vencidos fueron ultimados.

LA HERIDA EN LOS AÑOS

Recuerdo que mi infancia —como la de otros niños— estuvo emocionalmente sacudida por los relatos y los ecos de esa guerra civil, que treinta y tantos años más tarde continuaba hiriendo los sueños de los que no la habían visto ni sufrido. En mi familia había habido víctimas de uno y otro bando y no se sabía quiénes habían vencido y quiénes habían perdido, puesto que quien había padecido por todos era la Patria.

El relato del abuelo cuya cabellera encanece de pronto y cuya vida se ve golpeada como por un hacha oscura cuando ve que a su hijo mayor —junto a otros camaradas de la Universidad— se lo fusilan en Lo Cañas, y la conciencia de que el nieto recibiera, como primer nombre y como para reivindicarlo, el nombre del asesinado, me acompañó —dolorosamente— en solitarias mañanas y noches de la infancia. Pero también escuché los relatos de otros parientes, próximos al corazón, cuyas casas fueron saqueadas y destruídas a la hora de la venganza contra los partidarios del Presidente Balmaceda.

Las familias quedaron divididas y cien millones de pesos —de moneda «fuerte»— desangraron la economía nacional en el momento de la prosperidad salitrera. La guerra civil agujereó la Hacienda pública. Los vencedores tuvieron que contratar empréstitos externos por varios millones de libras esterlinas. La moneda chilena empezó a bajar y la deuda externa se elevó.

El embajador de Su Majestad Británica envió desde Santiago de Chile un oficio a su Gobierno el 21 de septiembre de 1891: «La comunidad británica no hace secretos de su satisfacción por la caída de Balmaceda, cuyo triunfo, se cree, habría acarreado serios prejuicios a los intereses comerciales británicos.»

El *Mercurio*, de Santiago de Chile, escribía el 18 de febrero de 1898: «Hay en Inglaterra una Compañía, cuyo domicilio legal está en Londres, y sus negocios en la provincia de Tarapacá (Chile).» Y el diario *La Tarde* denunciaba el 26 de octubre de 1897: «Hay que rendirse a la evidencia; no se trata de honorarios para recompensar el trabajo de los abogados; no se han aplicado esas libras esterlinas al pago de sueldos a los representantes, ni siquiera se han invertido en propaganda periodística... Luego, esas libras han ido a comprar conciencias, a torcer justicia, a corromper criterios o a pagar hombres influyentes, venales y pervertidos» (8).

El tema es ingrato, pero real. Las breves citas son suficientes para indicar algunos de los dilatados y variados métodos de la penetración del imperialismo en nuestros países. De manera poética el ardid de la penetración fue cantado por Homero en el relato de la caída de Troya, y entre los consejos de Maquiavelo está este modo de entrar en la casa ajena. La táctica general —de Homero a Maquiavelo— fué bosquejada cuando el imperialismo estaba aún lejos de ser lo que empezó a ser en la Edad Moderna y que un día definirían Hudson y Lenin, entre otros.

LOS ESQUEMAS Y LOS HOMBRES

La «fronda aristocrática» imprimió en Chile, desde 1891 a 1918, un estilo conservador en la política y esquemas más propios del parlamentarismo inglés y de la democracia suiza. El trasplante de engranajes políticos de relojería perfecta a un medio ambiente de pasiones encendidas, de intereses económicos fuertes y visibles y de ambiciones personales iba a dejar como síntesis el drama entre lo real y lo ideal, entre lo imaginado y lo vivido. Los Gabinetes chilenos, durante ese período de preeminencia del Poder legislativo, nacen y mueren con un ritmo que verá Francia cuando la IV República. En el caso de Chile los resortes que hacen caer Gobiernos durante ese cuarto de siglo posterior a la guerra civil de 1891 están en manos de

(8) RICARDO BOIZARD B.: *La Democracia Cristiana en Chile (Un mundo que nace entre dos guerras)*. 3.^a edición. Editorial Orbe. Santiago de Chile, págs. 32 y 33.

los pequeños clanes que se reúnen en el «salón rojo» o en el «salón verde» del Club de la Unión, o en las tertulias de los «hombres claves». Estas tertulias tienen nombres poéticos como los de «la casa azul», de don Juan Luis Sanfuentes, o nombres propios para un cuento infantil, como «La Cueva del Oso Negro», que es el que reciben las reuniones en casa de don Pedro Montt; pero lo que se trama en «la cueva» y en «la casa» tiene sus efectos inmediatos no en los poetas ni en los niños, sino en el control de los Ministerios y de la política nacional (9).

¿Cuál es el ritmo político de todo ese período? Aunque la alta burguesía controla, por ejemplo, el partido conservador, éste y los otros partidos tienen una constitución policlasista. El partido liberal aparece numéricamente superior, pero más moderado en sus puntos de vista religiosos, su alta dirigencia representa el centro del catolicismo, quedando el partido conservador a la derecha. Su condición mayoritaria le permite inclinar la situación política, ya bien se una a los conservadores, o ya bien a los radicales.

El Partido Nacional poco tiene que ver con la idea o el ideal nacionalista. Es una agrupación plutocrático-liberal, que emplea la política para defender sus intereses poderosos en la Banca y el alto comercio.

El partido liberal-democrático agrupa a los balmacedistas derrotados en 1891 y reagrupados dos años más tarde en la Convención celebrada en Talca. Constituyen un partido de arraigo popular y permanecen fieles a la idea de un Poder ejecutivo fuerte. A veces aparecen aliados con los conservadores y otras veces con los radicales.

El Partido Radical —cuya influencia será grande en el siglo XX— se estructuró sólidamente tres años antes de la guerra civil de 1891, aunque sus ideales y su acción ideológica son anteriores. En aquel período es el partido de la clase media, el de los profesores y profesionales, el de los empleados y de los que se proponen brillar por méritos ajenos a las circunstancias que Ortega y Gasset incluirá al definir más tarde el «poder social».

A poco de comenzar el siglo, el Partido Radical, bajo la inspiración de su orientador político, don Valentín Letelier, incorpora el principio de la justicia social a su programa. El radicalismo se encontraba vinculado a la masonería, fundada en Chile en los comienzos del siglo XIX. Nada me parece mejor para definir este período y el temor que creaba el Partido Radical en el sector liberal-conservador que un párrafo de un libro casi olvidado hoy y que me parece que es el primero que publicó sobre el tema don Al-

(9) ALBERTO EDWARDS en la página 191 de su libro ya citado *La Fronda Aristocrática en Chile* agrega a estas reuniones «la tertulia de Fernández Concha».

berto Edwards, *Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos*, editado en 1903 por don Guillermo Miranda. Dice el señor Edwards:

«Después de la revolución, aumentadas sus fuerzas parlamentarias en virtud de la libertad electoral y de la creciente desunión e impotencia del liberalismo, el Partido Radical ha olvidado por completo su antigua bandera y se compone sólo de los enemigos exaltados del clero, de los librepensadores, que creen poder hacer de sus opiniones religiosas una escuela política, y de una gran parte de la juventud de la clase media, que reúne a estos odios religiosos cierto grado de animadversión contra las clases ricas y consideradas. Esta tendencia socialista, hábilmente comprimida hasta hoy por el eminente estadista don Enrique MacIver, domina más y más, sin embargo, en la masa del Partido Radical y constituye un serio peligro para el porvenir (10).

El partido democrático —o el partido demócrata— había nacido al año siguiente de la fundación del Partido Radical y como desprendimiento de su ala izquierda. Su jefe político fué don Malaquías Concha.

En el escenario político chileno de aquel período surgieron dos combinaciones de partidos que iban a determinar el panorama político durante el primer cuarto del siglo XX: la Alianza Liberal, formada por liberales, demócratas y radicales, triunfó en las elecciones presidenciales con don Germán Riesco (1901-1906) y con don Arturo Alessandri Palma (1920-1925). La coalición, que agrupaba a conservadores, un sector de los liberales y a los nacionalistas, triunfó con don Federico Errázuriz Echaurren (1896-1901) y con don Juan Luis Sanfuentes (1915-1920). Como una tercera fórmula se ensayó, en dos momentos históricos, un acuerdo entre la alianza y la coalición. Así, fueron electos don Jorge Montt (1891-1896) y don Ramón Barros Luco (1910-1915). Es curioso atestiguar que esta experiencia de tregua política iba a ser ensayada por Colombia en la segunda mitad del siglo XX, a través del Frente Nacional, alianza liberal-conservadora que ocupa actualmente el Poder en Colombia con el reciente electo don Carlos Lleras Restrepo —que ha de gobernar hasta 1970—; alianza que se inició con la elección de don Alberto Lleras Camargo (1958-1962) y continuó con la de don Guillermo León Valencia (1962-1966).

El período chileno de 1891 a 1920 le parece a un historiador prestigioso

(10) ALBERTO EDWARDS: *Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos*. Editor Guillermo Miranda, pág. 105.

como don Luis Galdames una etapa donde sobre los partidos predominan los hombres. Cito a Galdames para oponer sus puntos de vista a los de don Alberto Edwards:

«Lo único que establecía entre los partidos una línea clara de separación eran los *intereses morales*, sintetizados en el *ideal educativo* y en el *ideal religioso*. Considerados desde este aspecto, no hubo más que dos que tuvieran doctrinas definidas: el conservador y el radical. Para aquél, el Estado debía educar lo menos posible y religiosamente, dejando en plena libertad de hacerlo a los particulares, que en Chile eran las Congregaciones; debía, además, proteger por todos los medios a su alcance el culto católico. Para el otro, el Estado debía ser, en lo posible, el único educador, y su educación, obligatoria y gratuita en la escuela, y laica en todas sus ramas, sin perjuicio de que los particulares educaran también, pero bajo la vigilancia del Estado; por lo que toca a la religión, sostenía la más absoluta libertad de cultos, hasta llegar a la separación definitiva de la Iglesia y el Estado. A esta clase de asuntos denominaban unos y otros *cuestiones doctrinarias*» (11).

Mi impresión personal es que no se ha valorado lo suficiente al papel de impulsor de una progresiva renovación social desempeñada por el radicalismo chileno, ya desde la oposición o ya desde el Poder. El libre juego de presiones y oposiciones entre las corrientes conservadoras y liberales, de una parte, y las radicales y socialistas, de la otra, puede determinar, a grandes rasgos, el panorama político chileno del siglo XX. Para llegar hasta la Democracia Cristiana me atrevería a proponer el siguiente esquema dentro de la dialéctica hegeliana —motora del materialismo histórico—: Tesis política chilena del siglo XX: Coalición liberal conservadora y alianza liberal radical. Antítesis: Frente de las Izquierdas y Frente Popular, más Frente de Acción Popular (FRAP), o sea: radicales, socialistas, comunistas y primero la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCH), y luego, la Central Unica de Trabajadores de Chile (CUT). La síntesis: la Democracia Cristiana, hoy en el Poder. A diferencia de la Democracia Cristiana alemana o italiana, la chilena ha asumido —de acuerdo con el escenario de un país en vías de desarrollo y perteneciente al llamado «tercer mundo»— una actitud eminentemente revolucionaria, en una «revolución en libertad» de inspiración cristiana. Intenta unir la semilla revolucionaria del cristianismo social con la

(11) LUIS GALDAMES: *Historia de Chile*, 1945, pág. 521.

democracia, también social, para «constituir un movimiento ideológico que intenta trastornar las bases de la sociedad presente» (12).

Es un ensayo audaz, valeroso, atacado por la reacción impaciente de la extrema derecha y por la reacción —igualmente impaciente— del marxismo-leninismo, desde sus dos vertientes de Moscú y de Pekín, además de su central para América latina —instalada en La Habana—, de donde han partido los ataques más violentos contra la «revolución en libertad». La «revolución pacífica» de la Democracia Cristiana chilena amenaza con quitarle la clientela a la «revolución de la violencia» —inspirada en el marxismo-leninismo— y la llamada «liberación nacional», impulsada a través de acciones de terrorismo, guerrillas, huelgas y otros medios de combate directo en América latina (13).

En este escenario de serios conflictos, la «revolución en libertad» de la Democracia Cristiana chilena avanza paralelamente, aunque con otro impulso, táctica e ideología democrática que la democracia social revolucionaria hispanoamericana, que ha alcanzado en el siglo XX sus mejores realizaciones ideológicas y prácticas en el Partido Institucional Revolucionario (PRI) de México, en el Partido de Liberación Nacional de Costa Rica, cuyo ideólogo principal es José Figueres; en el A. P. R. A. del Perú, que ha tenido en Víctor Raúl Haya de la Torre a su gran y original inspirador; en Acción Democrática de Venezuela, inspirado por Rómulo Betancourt y hoy en el Poder con el Gobierno del continuador de Betancourt: don Raúl Leoni; en el Movimiento Nacional Revolucionario de Bolivia, en el Partido Revo-

(12) JAIME CASTILLO VELASCO: *Las fuentes de la Democracia Cristiana*. Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1963, pág. 10.

(13) El 19 de marzo de 1966 el comandante Fidel Castro llamó al Presidente Frei: «pobre burgués», «vanidoso», «revolucionario de opereta» y «guardián de los intereses extranjeros en Chile». El 13 de marzo había calificado al partido demócrata cristiano chileno en estos términos: «Dominado por viejos camajanes de la politiquería y por burgueses reaccionarios hasta la médula de los huesos». Poco después, por Radio Habana fué organizado desde La Habana un programa permanente destinado a alcanzar hasta Chile para combatir —además de mediante las huelgas contra la chilenezación del cobre, una de las medidas económicas del Presidente Frei— el prestigio y la fe interna en la democracia cristiana chilena. Radio Habana es una radioemisora de potencia continental. El régimen del comandante Castro organizó en La Habana una llamada Unión de Chilenos Revolucionarios residentes en Cuba —y de ideología marxista-leninista—. Al inaugurar por Radio Habana el programa contra la «Revolución en Libertad», encabezada por el Presidente Frei, el director del programa declaró: «Esta será una audiencia diaria de desenmascaramiento del Gobierno facistoide de Frei, que bajo un ropaje de pseudorevolucionario no es más que la fiel expresión de la maniobra imperialista contra los pueblos del continente».

lucionario Dominicano, que hoy lucha, con su máximo dirigente Juan Bosch, por el restablecimiento de la democracia en la República Dominicana y la recuperación de la independencia nacional.

«LA CUESTIÓN SOCIAL»

Con la frase «la cuestión social» se intentó expresar el carácter explosivo de los conflictos entre el capital y el trabajo en el siglo XX en Chile.

El país contó desde hora temprana con el aceleramiento del mestizaje, o sea el cruzamiento y fusión de grupos étnicos diferentes. A comienzos del siglo XIX, los españoles y mestizos eran en Chile 800.000 y sólo existían 200.000 indígenas puros.

El proceso de integración racial en Chile fué rápido y eficaz. A los alumnos de enseñanza secundaria se les sintetiza hoy con estas palabras:

«El pueblo chileno se convirtió en una masa étnica homogénea cargada, tanto de sangre aborígen como de sangre española. Paulatinamente el mestizo pierde su conciencia de tal y es identificado plenamente como blanco» (14).

El proletariado adquirió en la industria salitrera, en el Norte chileno, su conciencia de clase y su espíritu más combativo. La masa campesina, iletrada, resignada, dócil, fué la antítesis de la combatividad de los trabajadores de las pampas salitreras y de los hombres del cobre y del carbón. Ya en Iquique, primer puerto salitrero, trabajaban, al comenzar el siglo XX, 25.000 obreros.

En 1903, Valparaíso —el primer puerto chileno del Pacífico— fué escenario de la primera huelga organizada: la de la Compañía de Vapores. Dos años más tarde el capital financiero norteamericano iniciaba la explotación de las minas de cobre de «El Teniente», y el mismo año estallaba en la capital chilena la huelga para derogar el impuesto al ganado argentino. Al año siguiente, los obreros del ferrocarril a Bolivia, los portuarios y los «pampinos» —trabajadores de las salitreras— se declaran en huelga en Antofagasta, incendian edificios y el Ejército debe reprimir la acción de los trabajadores (6 y 7 de febrero de 1906). Pero el movimiento, aunque aplastado, obliga a dictar las primeras leyes sociales. La ley sobre habitaciones obreras

(14) PEDRO CUNILL: *Geografía de Chile*. Santiago de Chile, 1962, pág. 75.

es de ese mismo año de la huelga de Antofagasta, que reclama mejores condiciones de vida.

La clase obrera ha probado su primer ensayo de cohesión, y tres años más tarde es fundada la Federación Obrera de Chile (FOCH), a quien corresponderá cubrir una dura etapa de duros combates proletarios en una primera etapa difícil y dramática. Poco después de la fundación de la Federación Obrera de Chile, Luis Emilio Recavarren funda el Partido Socialista Obrero (1912). El capital financiero norteamericano inicia al año siguiente la explotación de Chuquicamata, el principal centro minero de cobre del mundo.

La llamada «gran huelga de Iquique» estalla. Tiene, como la de Antofagasta de años antes, una demanda de aumento de jornales; pero, además, el del comercio libre (para evitar la expoliación de las llamadas «pulperías», únicos centros que venden mercaderías —y las recargan— a los trabajadores de las pampas salitreras), y reclaman también el mejoramiento de las viviendas —pues habitan galpones antihigiénicos— y exigen ciertas medidas de seguridad para evitar accidentes. Es una huelga que reúne a diez mil trabajadores (cifra importante si se considera que la población era de 3.750.000 habitantes, con un 46,6 por 100 de población urbana a poco de terminar la primera guerra mundial). El Ejército intervino para detener a los huelguistas. Actuaron las ametralladoras. La represión fué sangrienta.

Bajo la presidencia de don Juan Luis Sanfuentes los conflictos tuvieron como escenarios a Natales, en la Patagonia (1919), y Punta Arenas (1920). A los que reclamaban reformas sociales se les llamó subversivos.

La primera gran guerra mundial trajo, en sus finales, la gran crisis salitrera. Había surgido el rival del nitrato natural chileno: el salitre sintético.

Fueron cerradas diversas oficinas de las salitreras. Las cesantías adquirieron características de marea social. Los trabajadores sin trabajo empezaron a emigrar, penosamente, a la capital. Santiago de Chile no estaba preparada para asimilar un éxodo de esa naturaleza. La gente se acomodó como pudo. Surgieron los llamados «albergues»: un modo de llamar al hacinamiento de la miseria material. Fué la época que Joaquín Edwards Bello plasmó en su novela *El roto*, expresión entonces de la novelística social chilena.

Se había entablado, por la producción mundial del cobre, una lucha entre los Estados Unidos de Norteamérica, Australia y el Japón. El capital financiero norteamericano explotaba ya los minerales chilenos de «El Teniente» y «Chuquicamata». En 1920 inició la explotación de «Potrerillos». Al año siguiente Chile producía un cuarto de millón de toneladas de cobre y era el segundo país productor mundial de ese mineral, pero el capital no era chileno, sino norteamericano, y las utilidades no se quedaban en Chile. El

hierro chileno era explotado por el capital financiero francés. Cabía preguntarse, ante este cuadro, qué era lo que se quedaba en Chile. Chile sólo podía conservar la explotación de sus hijos y esa mezcla de sudor, de dolor y de impotencia que definía a los explotados.

En los trece últimos años la población había aumentado —hasta 1920— en medio millón de habitantes y la población urbana se había concentrado en un 3 por 100 más (15).

EL PRIMER LÍDER SOCIAL Y LOS OTROS

Fué entonces cuando hizo su aparición el que yo no vacilo en llamar cronológicamente «el primer Presidente chileno con sensibilidad social en este siglo»: don Arturo Alessandri Palma.

Uno de los grandes de nuestra América —el cubano José Martí— escribió que, a veces, está preparado el pueblo y no aparece el dirigente; que otras veces aparece el conductor y no está preparado el pueblo. En la aparición de Arturo Alessandri coincidió la presencia y la acción de un dirigente capaz de interpretar al pueblo, la hora de las reformas, estar atento a la coyuntura mundial y resolverse a la batalla. Lo que hizo Alessandri Palma fué comprender que la situación era de cambios y supo colocarse como abanderado de ellos. Sus inicios en la política habían sido en las filas moderadas del aliancismo, pero Alessandri Palma supo radicarse a hora oportuna y radicalizar la Alianza Liberal.

En la Convención aliancista del 25 de abril de 1920 dijo: «En los momentos actuales la Humanidad entera atraviesa por uno de aquellos grandes períodos que marcan una gran transformación social. Asistimos, ciertamente, al nacimiento de un nuevo régimen, y es ciego y sordo quien no quiere verlo y sentirlo.» Dijo algo más. Habló de la necesidad de resolver «con criterio de estricta justicia y equidad los derechos que reclama el proletariado en nombre de la solidaridad, del orden y la convivencia social». Propuso la norma: «El capitalista y el obrero, factores ambos del progreso nacional, socios comunes en la vida económica de los pueblos.» Aparte de las leyes sociales, la reforma de la Constitución y otras medidas, abogó por el establecimiento de la libertad de conciencia y de culto. Los marxistas-

(15) El crecimiento de la población chilena —según PEDRO CUNILL en *Geografía de Chile*, ya citada— es: 1835: 1.010.000; 1843: 1.090.000; 1854: 1.439.000; 1865: 1.819.000; 1875: 2.076.000; 1885: 2.250.700; 1895: 2.696.000; 1907: 3.231.000; 1920: 3.793.000; 1930: 4.287.000; 1940: 5.024.000; 1952: 5.933.000; 1960: 7.374.000 (página 79).

leninistas, conducidos por Luis Emilio Recavarren, llamaron a la candidatura de Alessandri, en la Convención de Antofagasta en 1920, «una nueva oligarquía». Tuvieron, respecto a las reformas sociales de Alessandri en 1920, la misma actitud negativa y parecida agresión a la que mostrarían treinta y seis años más tarde hacia «la revolución en libertad», de la Democracia Cristiana y el Presidente Frei. Los adjetivos en 1920 fueron casi los mismos que en 1966; las situaciones eran, sin embargo, distintas. Y no es que la Historia se repita, sino que los hombres tardan en aprender.

Recavarren —que en el Congreso de Rancagua en 1922 cambiaría el nombre de Partido Obrero Socialista por partido comunista, adhiriéndose como sección chilena a la Tercera Internacional— no era un dirigente torpe, ni los actuales dirigentes comunistas chilenos lo son. Pero en 1920 y 1922 como en 1966 la mecánica de ajustar rígidos esquemas marxistas leninistas foráneos a situaciones y problemas fluidos y prototípicamente chilenos dió como resultado la incomprensión de cada una de las situaciones específicas. Explican también por qué el partido comunista sólo vino a comprender a última hora, y cuando ya naufragaba la República Socialista Chilena del 4 de junio de 1932, lo que ella podía haber significado como liberación. Entonces aplicó también de manera automática el calificativo de burguesa a una revolución que se distinguía precisamente por ser antiburguesa y por sus medidas socialistas.

En 1920 era demasiado violento llamar oligarca al que luchaba por crear el Ministerio de Trabajo y Previsión Social, al hombre que calificaba a la oligarquía como «canalla dorada» y cuya campaña se hacía al ritmo de algunos sonos de la revolución mejicana.

La coalición conservadora-liberal obligó desde la oposición parlamentaria en el Congreso a cambiar al Presidente Alessandri nada menos que dieciséis Gabinetes ministeriales y retuvo los decretos de reformas sociales y económicas y los Presupuestos.

Intentó, finalmente, y como jugada mate, empujar al Ejército a un golpe de Estado contra el Presidente constitucional. Los militares se movieron, pero los oficiales más jóvenes presionaron hasta convertir el pronunciamiento del 5 de septiembre de 1924 no en el regreso de la oligarquía, sino en la aprobación de las reformas sociales de Alessandri.

Así, en tres días fueron aprobados los 16 proyectos de ley que constituían el anhelo social, político y reformador de Alessandri. Entre los más notables —y téngase en cuenta que esta legislación era aprobada en 1924— estuvo la ley que estableció los contratos de trabajo, creó Inspecciones de Trabajo y protegió a la mujer y al niño; la que creó el seguro obrero, el patrón y el Estado; la ley que creó los Tribunales de Conciliación y Arbitraje entre el capital y el trabajo, juntas permanentes de conciliación que se anticiparon

a lo que se llamaría más tarde «relaciones humanas»; la ley que estableció la Organización Sindical, y en los Sindicatos industriales, la participación de los beneficios de la industria y la que creó la Caja de Empleados Particulares.

Pero Alessandri hizo algo más: en los finales de su período de esa primera etapa creó el Banco Central y sometió a plebiscito popular una nueva Constitución, que fué aceptada por la mayoría de los ciudadanos. La nueva Constitución separó a la Iglesia del Estado, fijó la elección presidencial por votación directa y amplió las facultades de la Corte Suprema de Justicia, que podía determinar sobre la inconstitucionalidad de los preceptos de cualquier ley.

EL LÍDER MILITAR

Si Alessandri domina un período importante de la política chilena y ocupa la Presidencia de la República en dos períodos constitucionales, entre los que median diez años, el coronel —y más tarde general— don Carlos Ibáñez del Campo ocupa también la Presidencia de la República en dos etapas políticas separadas por veinte años. En la primera etapa es el «hombre fuerte»; en la segunda es «el moderador». Su caso es parecido al de Getulio Vargas en Brasil.

En relación a Alessandri no hay dos dirigentes más opuestos por sus temperamentos y proyecciones. Alessandri es un conductor de multitudes. El coronel Ibáñez es un hombre de rigores, de cábalas, de secretos, de cuarteles. Alessandri es impulsivo e impone una nueva dinámica a la acción del político chileno. El Presidente Sanfuentes, a raíz del triunfo de la Alianza Liberal en 1918, se vió obligado a llamar a Alessandri a su Gabinete y a encomendarle el Ministerio del Interior. «Arturo —le advirtió el Presidente Sanfuentes—, no olvide que por la boca muere el pez. Los ministros que hablan mucho, caen luego.» «Presidente —le contestó Alessandri—, usted llegó a este puesto callado y yo lo alcancé hablando.» Y así fué. Pero el coronel —y luego general— Ibáñez fué como Sanfuentes: un hombre callado.

Organizó el Cuerpo de Carabineros con eficacia y disciplina de hierro. Se presentó como candidato único a la Presidencia de la República y triunfó por el 98 por 100 de los votos, como triunfarían Stalin y Kruschév en otro escenario. Creó las Cajas de Crédito Minero e Industrial. Siendo un hombre de espada, firmó el Tratado de paz con el Perú, y el límite entre los dos países fué llamado en adelante «la línea de la Concordia». Formó la Compañía Salitrera de Chile (COSACH). No creó una doctrina, como Vargas

en el Brasil o Perón en Argentina, y fué derribado por una huelga general —el 26 de julio de 1931—, que iniciaron los estudiantes y que impulsó también la situación creada en Chile por la crisis mundial.

DE LA REPÚBLICA SOCIALISTA AL FRENTE POPULAR

Omito otros sucesos que fueron impulsados por el caos social y económico creado por el rebote de la ola de la crisis que azotó al mundo. De entre estos sucesos, la sublevación de las clases y marinos en septiembre de 1931 fué, acaso, el hecho más espectacular (16).

La República Socialista de Chile fué instaurada mediante un golpe de Estado, en el que la aviación, al controlar el aire, controló a las Fuerzas de Mar y Tierra. Uno de sus máximos dirigentes era un coronel: Marmaduke Grove Vallejo —que sería más tarde presidente del Partido Socialista Chileno—. Su ideólogo más importante fué Eugenio Matte Hurtado. El futuro secretario general del Partido Socialista, Oscar Schnake Vergara, fué el secretario de la Junta Revolucionaria. La otra figura fué Carlos Dávila, que encabezaría más tarde la contrarrevolución.

La República Socialista permaneció trece días dueña del Poder. Los comunistas dijeron: «Las clases capitalistas son las únicas representadas en la Junta.» La Junta declaró: «No somos comunistas. Queremos establecer una República Socialista consagrada a los intereses de la clase trabajadora.» Las medidas que tomó la Junta fueron nacionalistas, antiimperialistas, anticapitalistas y de planificación estatal no totalitaria. Se crearon Consejos de trabajadores y se tomaron medidas para la socialización de los medios de producción y distribución de los bienes. Las propiedades de la Iglesia fueron incautadas. Se creó el Consejo Económico Socialista Nacional, con participación de delegados obreros (17).

La República Socialista sólo se mantuvo trece días en el Poder, pero de ella —y de la fusión de los distintos núcleos socialistas— surgió el Partido Socialista de Chile, que iba a ser uno de los pilares del Frente Popular chileno y más tarde del FRAP.

El 25 de octubre de 1938 triunfó, en reñidas elecciones democráticas, el candidato del Frente Popular chileno, el profesor radical don Pedro Aguirre Cerda. Su oponente era el ex Ministro de Hacienda de la segunda pre-

(16) Puede consultarse ALBERTO BAEZA FLORES: *Las cadenas vienen de lejos*. Editorial Letras. México, 1960; págs. 33 a 56.

(17) Puede consultarse ALBERTO BAEZA FLORES: *Las cadenas vienen de lejos*. México, 1960; págs. 57 a 73.

sidencia de Alessandri don Gustavo Ross. El lema de Aguirre Cerda fué: «Gobernar es educar.» Fiel a él, fomentó la educación técnica, industrial y minera; creó la Facultad de Economía y Comercio e impulsó la educación primaria y secundaria. La Universidad de Chile pasó a ser el primer centro de investigaciones científicas y culturales del país.

Aguirre Cerda murió siendo aún Presidente de la República. Hubo de afrontar su gobierno el desastre material y psicológico del terremoto del 24 de enero de 1939 —uno de los más catastróficos en la historia de los movimientos sísmicos en el mundo—, que destruyó una extensa y rica zona del territorio nacional —entre Talca y Bío-Bío— y millares y millares de vidas humanas.

Dos grandes impulsos deberá siempre el futuro de Chile al Gobierno del Frente Popular: la creación de la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO), la palanca de la transformación económica y del aumento de la producción hidroeléctrica y de otros recursos de Chile. Y la defensa y consolidación de los derechos a la Antártica, que permitió agregar a los 742.000 kilómetros cuadrados el 1.250.000 kilómetros cuadrados de la Antártida chilena, una zona abierta hacia riquezas para el mundo del futuro.

El Frente Popular sucumbió ante la pugnacidad entre socialistas y comunistas. Los radicales, en alianza con distintos partidos de la izquierda y del centro, triunfaron con don Juan Antonio Ríos y con don Gabriel González Videla, que entregó al partido comunista tres de sus Ministerios (Agricultura, Obras Públicas y Tierras y Colonización), y que terminó por ilegalizar al partido comunista y perseguirlo cuando éste, por equivocada apreciación de la situación nacional, creyó llegada la hora de dar un golpe al Poder ejecutivo y desató una serie de huelgas políticas, mal disfrazadas de laborales. A González Videla se debe el impulso del plan del acero, del refinado del cobre y la fundación de la Universidad Técnica del Estado.

LA REVOLUCIÓN EN LIBERTAD

A González Videla (1946-1952) sucedió la segunda presidencia del general Ibáñez (1952-1958), y a éste la elección de don Jorge Alessandri Rodríguez (1958-1964). El Gobierno del Presidente Alessandri Rodríguez hubo de hacer frente a los estragos materiales y humanos de una de las series de movimientos sísmicos más catastróficos de la Historia. El chileno ha tenido la virtud de asimilar, serena y valerosamente, las diversas tormentas sociales y terrestres que han sacudido, de tiempo en tiempo, al país. Ha vuelto a poner en pie lo caído. Y esta lucha contra un destino difícil ha sido una de

sus grandes virtudes. Este coraje del Prometeo mitológico que parece haber resucitado en el Sur continental define también al chileno. El Presidente Alessandri Rodríguez emprendió un gran avance en las construcciones de viviendas, luchó contra la inflación y realizó otras mejoras, pero ante la oposición de los intereses de la oligarquía no pudo emprender la reforma agraria y retrocedió, y sólo pudo iniciar la reforma de la fiscalidad.

Quedaron, finalmente, dos caminos para emprender los cambios estructurales que la reacción oligárquica obstaculizaba: el camino del FRAP y el de la Democracia Cristiana. El senador Allende —candidato del FRAP— había proclamado en el Senado, en un histórico discurso, que el camino de Cuba sería el camino de Chile. La Democracia Cristiana prometió realizar los cambios estructurales con la máxima energía, pero respetuosa de los derechos humanos y de la dignidad e independencia del pueblo de Chile. El pueblo chileno, por elocuente mayoría, votó por «la revolución en libertad». En esto no hacía otra cosa que ser fiel a sus mejores principios sociales y democráticos y aprovechar las variadas experiencias de su vida social y política en lo que va del siglo.

El Presidente Eduardo Frei ha de gobernar a Chile desde 1964 a 1970. La figura de Frei es la de un intelectual, la de un profesor y escritor de ensayos sobre política y sociedad, que se ha entregado a la vocación política, desde hora temprana, con un concepto de servicio a la colectividad, de justicia social inspirada en la revolución cristiana, producto de una clase que se lo debe todo a su inteligencia, a su coraje, a su capacidad.

La figura de Frei es la que más se aproxima, en la América latina de hoy, a la de John F. Kennedy. Los escenarios son muy distintos, los problemas a afrontar son otros, pero en Frei predomina —como en Kennedy— la pasión por las grandes ideas y los grandes ideales, la apertura hacia el mundo del futuro con el mínimo de prejuicios posibles: la ambición de trascender, el estilo democrático, la permanente curiosidad intelectual, el impulso al trabajo en equipo —la creación de un equipo— y cierto coraje moral para afrontar tiempos difíciles y situaciones ingratas. Eduardo Frei también adquirió una larga y valiosa experiencia en el Senado antes de asumir las funciones de orientador del Ejecutivo.

Frei empezó por reanudar relaciones diplomáticas y consulares con los países de la Europa del Este. Para afirmar su equidistancia de Wáshington, y su mayor independencia, se entrevistó en París con el general De Gaulle. Visitó a los dirigentes de Italia y de Alemania. Propuso a la América latina una organización supranacional para resolver, a escala continental, los problemas comunes. Animó a las juventudes chilenas a construir las escuelas que faltaban. Chilenizó el cobre, haciendo que el Estado chileno tuviese control

y participación de asociado de las Empresas norteamericanas y obligando a éstas a admitir al Estado de Chile como consocio para aumentar la producción, refinar totalmente el cobre en Chile, elaborar parcialmente el cobre en Chile y controlar el comercio internacional del cobre a través del Gobierno chileno. Por mediación de la Corporación de Fomento, inicia la adquisición de la Compañía de Electricidad para nacionalizar íntegramente la producción de la energía eléctrica. Sus medidas tropiezan con la oposición en el Poder legislativo de la reacción oligárquica, de una parte, y del FRAP, por otra. El 7 de marzo de 1965 el pueblo chileno confirma y amplía su apoyo a «la revolución en libertad» y otorga a la Democracia Cristiana mayoría en el Poder legislativo.

El Gobierno de Frei emprende la reforma agraria en un país donde 696 explotaciones agrícolas ocupan 15.200.000 hectáreas, donde el 2 por 100 de las explotaciones ocupaban el 72 por 100 de la tierra y donde al mal del latifundio se unía el ahogamiento del minifundio (18).

«La revolución en libertad» emprende la tarea de instalar cien mil nuevos propietarios de la tierra, de intensificar la industrialización de la agricultura y crear el más amplio sistema de cooperativas. Se propone «remediar seriamente la miseria; terminar con su desesperación y darle el impulso suficiente para que nunca más sea un país estancado» (19).

La tarea es inmensa, las dificultades son muy grandes, pero la voluntad y el coraje de afrontar el gran desafío que imponen hoy y el mañana son también poderosas. La Democracia Cristiana chilena es un partido pluriclasista. Dejo que defina a la Democracia Cristiana la *Revista Internacional*, publicación teórica e informativa de los partidos comunistas y obreros que se edita en Praga. El número 12 —diciembre de 1965— dice:

«... en la gran masa de sus militantes, simpatizantes y electores prima, en general, una orientación antiderechista... El Partido Demócrata Cristiano es pluriclasista» (20).

De la misma *Revista Internacional* de Praga, en su número 11, noviembre de 1965, esta otra definición:

«¿Qué composición social tiene la Democracia Cristiana chilena? Se trata de un partido pluriclasista. Aún más; en sus filas figura gente

(18) PEDRO CUNILL: *Geografía de Chile*. Editorial Universitaria. Santiago de Chile, 1965; págs. 119 y 135.

(19) EDUARDO FREI: «Chile: Una revolución social con libertad», en *Life en Español*, 1 marzo 1965, págs. 24, 25 y 26.

(20) JOSÉ GONZÁLEZ: «La línea revolucionaria de los comunistas chilenos», en *Revista Internacional*, núm. 12. Praga, diciembre 1965; pág. 124.

de todas las clases y capas sociales y esto se puede apreciar, incluso, en su propia representación parlamentaria... grandes y pequeños capitalistas, científicos y otros universitarios, profesionales, artesanos, pequeños burgueses, maestros, empleados, obreros, campesinos y elementos populares proletarizados incluso lumpen. Hay de todo» (21).

Creo que es elocuente lo aquí citado. La Democracia Cristiana chilena impulsa a la sindicalización, intenta propiciar una amplia sindicalización independiente y libre. A través de la organización de centros comunitarios, juntas de vecinos, cooperativas y otras instituciones, trabaja por el acceso a los organismos administrativos de las grandes corrientes populares. Está empeñada en lo que ha calificado de «Promoción popular».

El tercer gran guía chileno en lo que va del siglo se llama Eduardo Frei. Es un líder de una revolución democrática y por eso su estilo está abierto hacia la libertad, la dignidad humana, la justicia social y el acelaramiento del despegue económico chileno.

Los obstáculos son muchos, pero la mirada no puede ser pesimista. Glorificando al noble Antonio Machado creo que esta revolución en libertad puede afirmar que con el arco tendido hacia el mañana está alerta hacia los tiempos que vienen, que está consciente, que no basta despertar cuando amanece y que mira el horizonte de los años que vienen sin falsos espejismos, pero con esperanza.

ALBERTO BAEZA FLORES

R É S U M É

Le Chili aborde la XX^{ème} siècle sous le coup des conséquences de la guerre civile de 1891 qui creusa un fossé dans la société et dans la politique de ce pays. Ce fut bien plus qu'un affrontement — chèrement soldé en vies humaines et en ressources matérielles — entre "présidentialistes" et "constitutionnalistes" car deux des puissances impérialistes du XX^{ème} siècle ne restèrent pas en marge du conflit. Le système parlementaire, à la façon britannique, fut imposé par les vainqueurs et le Chili allait souffrir pendant plus de trois décennies de cette greffe de schémas qui fonctionnaient fort efficacement en Angleterre, mais qui ne convenaient guère au Chili qui ne faisait que de sortir d'une guerre civile des plus sanglantes.

(21) ORLANDO MILLAS: «El reformismo demócrata cristiano: experimento chileno», en *Revista Internacional*, núm. 11. Praga, 1965; pág. 71.

Dans ce parlement on allait faire des armes sur le volcan des conflits sociaux dont les premières éruptions sont presque contemporaines des débuts du siècle. La question sociale va se poser un peu partout bien que ce fût dans la contrée du salpêtre et du nitrate naturel où l'éveil du prolétariat naissant se fit sentir d'une manière plus constante, plus sanglante.

L'apparition du premier meneur civil —Arthur Alessandri Palma— va achever la question sociale vers un programme de réformes et lui valoir la Présidence de la République en 1920, en tant que porte-étendard de l'Alliance Libérale face à l'Union Libérale. Quoiqu'il y eût des ressemblances dans les noms de deux mouvements politiques, il faut dire que l'Alliance entendait réaliser l'unification de la classe moyenne et du prolétariat alors que l'Union représentait le pouvoir social et politique de ce qu'on appelait "la fronde aristocratique" l'Union faisant de son mieux pour empêcher qu'Alessandri ne mit pas en place son plan de réformes. Pour ce faire elle eut recours à toutes les feintes d'un parlementarisme qu'elle employa avec toute la passion d'une opposition aveugle pour essayer d'éviter les réformes. Elle se concilia finalement les chefs militaires qui se dressèrent contre Alessandri, mais les jeunes officiers firent échouer le coup d'Etat du 5 septembre 1924 et tout en permettant qu'Alessandri se démit exigèrent la mise en train des réformes recommandées par celui-ci. Un nouveau coup d'Etat, le 23 janvier 1925, rendit le pouvoir à Alessandri pour qu'il pût finir son mandat et compléter ses réformes. Le Président Alessandri put ainsi promulguer la Constitution de 1925, instaurer —le consentement démocratique national à l'appui— le système présidentiel et liquider la Constitution de 1833 qui avait été pour certains un gage "d'ordre" mais qui n'avait pas pu empêcher que le XIX^{ème} siècle chilien ait été violent, semé de guerres civiles qui étouffèrent d'importantes réformes libérales.

Le mouvement déclanché par les jeunes officiers allait faire surgir un colonel —promu général par la suite— Carlos Ibáñez del Campo, qui allait renverser Alessandri et essayer d'imposer un nouveau train de réformes, mais le ressac de la crise mondiale de 1931 et l'indignation populaire devant son régime de "main de fer" allaient l'emporter à son tour.

Un nouvel essai de rétablir la démocratie fut suivi d'un nouveau coup d'Etat qui livra le pouvoir à la République Socialiste du 4 juin 1932 avec un programme de réformes nettement teintées de nationalisme et fortement anti-impérialistes. L'on voit apparaître alors la figure du colonel Marmaduke Grove qui se réclamait de ce qui par la suite serait appelé "nasserisme". Bien que la République Socialiste n'ait duré que douze jours, c'est elle, cependant, qui fit naître le Parti Socialiste Chilien.

Alessandri reprenait le pouvoir à la suite d'élections démocratiques. Il en-

suite voulut imposer son candidat pour qu'il poursuivît sa politique mais ce fut le Professeur Aguirre Cerda, porte-drapeau du Front Populaire qui l'emporta. Ce fut là la seule expérience d'un Front Populaire en Amérique du Sud. Le Front Populaire mit surtout l'accent sur les réformes économiques, mais il succomba à son tour aux élections de 1952 en raison des luttes internes. Le général Ibáñez reprit le pouvoir, puis, le Chili, essaya de se faire gouverner par un brasseur d'affaires pour en arriver finalement à l'affrontement entre le FRAP (alliance de communistes et de socialistes) et la Révolution en Liberté patronnée par la Démocratie Chrétienne Chilienne, avec Frei. Le triomphe de Frei va permettre la formation du premier gouvernement démocrate chrétien dans le continent américain. On doit à Frei une réforme de l'éducation nationale, une réforme agraire et beaucoup d'autres extrêmement importantes que l'on a mises en place malgré l'opposition du FRAP et celle également des héritiers de la vieille "fronde aristocratique". Le Président Frei mène à bien ses réformes et sa "révolution en liberté" de conserve avec ce qu'on appelle la gauche démocratique latino-américaine et face à la pression des oligarques, des gros propriétaires fonciers et de la "révolution catastrophique qui n'offre qu'une fausse libération".

S U M M A R Y

At the beginning of the XXth Century Chile suffers the consequences of the 1891 Civil War which divided both her society and politics. It was rather more than the confrontation --at a high cost of lives and material resources-- between "presidentialists" and "constitutionalists" because two of the XIXth Century imperialist powers were involved in the conflict. The parliamentary system --of the British parliamentarism type-- was imposed by the victors and for more than a decade Chile was going to suffer the transplanting of schemes which, although they worked effeciently in England, were made-quate in Chile where one of her most bloody civil wars had only just been fought.

This parliamentary fencing had to be carried out on top of the volcano of social conflicts which began its first eruptions almost at the very beginning of the Century. The so-called "social question" became apparent from the North to the South of the country, although it was in the region of the potassium nitrate or natural nitrate that the different movements of the rising proletariat were most constantly and strongly felt.

The appearance of the first civil agitator --Arturo Alessandri Palma--

brought the social question towards a program of reforms which lead him to occupy the position of President of the Republic in 1920, as leader of the Liberal Alliance in opposition to the Liberal Union. Although the political groups have similar names, the Alliance represented the unification of the middle and working classes, and the Union grouped together the social and political power of the so-called "aristocratic group" which attempted to prevent Alessandri from successfully achieving his social reformism. The Union relied on the tricks of a parliamentarism by vehemently and blindly opposing any such reforms. The high army officers were finally called upon to carry out a coup d'état against Alessandri, but the younger officers were not in total agreement and even though the coup d'état of September 5th, 1924 removed Alessandri from power, it marked the necessity for the reforms proposed by him before his fall. A further coup d'état —on January 23rd, 1925— brought Alessandri back to finish his term of office as President and to carry out his reforms. Alessandri was able in the end to proclaim the 1925 Constitution which inaugurated —with National Democratic consent— the presidentialist system and ended the 1833 constitution which for some people had been a proof of "order", but had not in fact prevented the Chilean XIXth Century from being violent, full of civil wars which drowned any important liberal reforms.

From out of the young officers' movement there arose the figure of a colonel —later general, Carlos Ibáñez del Campo— who finally deposed Alessandri and attempted to impose a new scheme of reforms, but he was overcome by the aftermath of the 1931 world crisis and popular indignation at his "hand of iron" rule.

After an attempt at a democratic reestablishment a further coup d'état put the Socialist Republic in power on June 4th, 1932, which brought social reforms inspired on strong nationalism and anti-imperialism. Marmaduke Grove made his appearance at this time and tried what would be later on known as "nasserism". Although the Socialist Republic only lasted twelve days it gave birth to the Chilean Socialist Party.

Alessandri came into power later on in democratic elections. He tried to win his rival candidate but lost to Prof. Aguirre Cerda, member of the Popular Front (Frente Popular), only experience of its type in Latin America. The Popular Front emphasized economic reforms but succumbed in 1952 elections due to internal troubles. General Ibáñez came back into power and later on Chile tried a company director's government until in 1964 the duel was between the FRAP (Communist and social alliance) and the so called Revolution in Freedom supported by the Chilean Christian Democracy, with Eduardo Frei. With Frei's victory Latin America began the first Christian Demo-

cratic government in the American Continent. Frei is responsible for the educational, agricultural and other reforms of great importance and which had to face opposition from the FRAP and also from the inheritors of the old "aristocratic group". The experience of President Frei's reforms and his "Revolution in Freedom" runs parallel to the so-called South American leftwing democracy as opposed to the large landowner oligarchical pressure and the so-called "catastrophical revolution" of the false liberation.

